

Tres consejos

■ Tengo la esperanza de que el otorgamiento del Premio Nobel de Literatura a Isaac Bashevis Singer pueda significar un cambio en las tendencias literarias contemporáneas. El escritor judío con su estilo claro y directo es el reverso de la medalla de la sofisticación y el rebuscamiento que ha caracterizado a las letras de esta segunda mitad del siglo y que ha significado convertir la literatura en un artículo consumido sólo por una élite de iniciados.

Espero expectante el discurso tradicional que el agraciado con el Nobel deberá pronunciar al recibir el galardón. Me imagino que la sencillez de Bashevis S'nger unida a su gran claridad mental producirá un intenso impacto en las jóvenes generaciones interesadas en el arte de escribir.

Un anticipo a ese discurso quizás sea una entrevista que recientemente ha llegado a mis manos y que se hizo al novelista con anterioridad al premio. En ella, entre otras cosas, Bashevis Singer da tres consejos —que valen oro— en relación al ejercicio literario.

El primer consejo es no ponerse a escribir jamás sin tener un argumento. Para el ganador del Premio Nobel el escribir trozos de la realidad, describiendo caracteres y situaciones, sin incorporarlos a una trama previamente definida, es uno de los vicios en que se cae más frecuentemente, induciendo, en definitiva, al desinterés del lector.

El segundo consejo es no sentarse jamás a escribir sin que previamente no se sienta la necesidad de escribir una historia determinada y experimentar la pasión de escribirla.

El tercero, parecido al segundo, es que no debiera escribirse ningún cuento ni novela sin tener la ilusión que uno es el único que puede hacerlo.

Estos tres consejos del reciente ganador del Premio Nobel no constituyen en sí ninguna novedad. Cuando

uno lee a los grandes novelistas de todos los tiempos, puede advertir que la novela está escrita con una pasión que trasciende, que ella nace de una necesidad de expresión vital que urge satisfacer. Del mismo modo, uno entiende que el novelista intuye que él y sólo él puede dar vida a sus personajes y hacerlos que se incorporen en el mundo real de la ficción novelésca. ¿Quién sino Marcel Proust podría crear literariamente el mundo y los personajes de "A la búsqueda del tiempo perdido"? ¿Quién sino García Márquez podría dar vida al fantástico microcosmos de Macondo en "Cien años de soledad"?

Por el contrario, en centenares de títulos de obras de ficción que abarrotan las librerías del mundo entero, esa pasión de escribir, esa ilusión de predestinado que exige el oficio de escritor, no sólo no se observa, sino, por el contrario, lo que trasciende es el ejercicio de un oficio como cualquier otro, un interés en cumplir una función sin que ella esté acicateada ni por la necesidad vital, ni por la pasión creadora.

En definitiva, eso y sólo eso, es lo que hace la diferencia entre el verdadero escritor y el escribiente.

Bashevis Singer a los 74 años de edad mantiene viva la llama de esa pasión y sigue teniendo la ilusión que si él no escribe sus cuentos e historias, generalmente melancólicas y tiernas, nadie podrá hacer por él. Y eso es lo que lo ha llevado a ser distinguido por el Premio Nobel.

Es posible que, ahora, su obra tenga una mayor difusión en todos los idiomas y su posición de escritor se alce como paradigma, para bien de los jóvenes escritores y desesperación de los oscuros y literatosos escribientes que han dominado buena parte del quehacer literario de estas últimas décadas.